



Fraternalidad Laicos Cavanis
Casa Sacro Cuore, ISTITUTO CAVANIS
Vía Col Draga – POSSAGNO (TV)

MONASTERIO INVISIBLE - 02.07.2021

Hace unas semanas, con motivo de la solemnidad del *Corpus Christi*, reflexioné sobre el extraordinario poder con el que la Palabra de la Escritura ilumina el gran misterio de la Eucaristía, apartándonos imperiosamente de cualquier tentación de pensar en ti como algo íntimo y regresivo y una dimensión coral, mejor dicho, eclesial, del misterio del cuerpo y la sangre del Señor. Los dos escenarios trazados por la Palabra (la Alianza en el Sinaí, narrada en Ex.24 y la Nueva Alianza, estipulada en la Pascua de Cristo en Mc 14) evocan una dimensión comunitaria y dan a la Eucaristía (rito de la nueva Pascua) un amplio y plural carácter eclesial, de hecho. San Agustín, hablando a los neófitos del Sacramento de la Eucaristía, les dijo: *“Ustedes son el cuerpo de Cristo y sus miembros*. Entonces, si eres el cuerpo de Cristo y sus miembros, tu propio misterio está puesto sobre la mesa del Señor: recibe tu misterio. A lo que eres respondes: Amén y al responder lo firmas. De hecho, se te dice: *El Cuerpo de Cristo*, y respondes: *Amén*.

Sé miembro del cuerpo de Cristo, para que sea verdadero tu *Amén*” (Ser. 272). Por tanto, es cierto que la Iglesia hace la Eucaristía celebrándola, pero es cierto, incluso antes, que la Eucaristía hace a la Iglesia, convocándola y enraizándola en Cristo. En el altar, entonces, también se celebra nuestro misterio; la Iglesia está presente; el *Amén* que pronunciamos en el momento de la comunión es un “sí” dicho a Cristo, pero también es un “sí” dicho a la Iglesia y a los hermanos.

En el altar Cristo se hace presente, de manera real (por transubstanciación, según el lenguaje técnico pero inadecuado de la teología), pero la Iglesia también se hace presente, en virtud de su íntima conexión con su cabeza. Por tanto, en el altar se encuentra tanto el cuerpo real de Cristo, en las especies de pan y vino, como su cuerpo místico que es la Iglesia. Proféticamente, el Papa Francisco nos recuerda que “Participar en la Eucaristía nos compromete con los demás, especialmente con los pobres, educándonos para pasar de la carne de Cristo a la carne de nuestros hermanos y hermanas, en la que él espera ser reconocido, servido, honrado, amado por nosotros” (audiencia de 4 de abril de 2018). Cuando se dice de los primeros cristianos que *“eran unidos en la fracción del pan”*, es decir, unidos en la fracción, más aún en el

compartir, se refiere precisamente a este aspecto particular de la Eucaristía que también revela su sentido más profundo: en Cristo podemos realizar esa unidad que, separados de Él, ni siquiera podríamos concebir. Por eso, sólo una comunidad profundamente “eucarística” puede realmente llamarse comunidad cristiana. Finalmente, pensé en lo cierto que es todo esto en la pedagogía y la espiritualidad Cavanis: la mesa que hay que poner es también la de la educación de los jóvenes, que se puede vivir propiamente como acción eucarística; como pan para partir y compartir y como acción de gracias a Dios.

Del Evangelio según Marcos (Mc 14,12-16,22-26)

El primer día de los Panes ázimos, cuando se sacrificaba la Pascua, los discípulos le dijeron a Jesús: “¿A dónde quieres que vayamos a preparar, para que puedas comer la Pascua?”.

Entonces envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: 'Vayan a la ciudad y un hombre os saldrá al encuentro con un cántaro de agua; síguelo. Por donde entra, dile al dueño de la casa: "El Maestro dice: ¿Dónde está la habitación, en la que puedo comer la Pascua con mis discípulos? Él te mostrará una gran habitación arreglada y lista para subir. Prepara la cena para nosotros" .

Los discípulos fueron y, entrando en la ciudad, encontraron como les había dicho y prepararon la Pascua.

Mientras comían, tomó el pan y pronunció la bendición, lo partió y se lo dio diciendo: "Tomen, esto es mi cuerpo". Luego tomó una copa y cuando hubo dado gracias, se la dio y todos bebieron de ella. Y les dijo: Esto es mi sangre de la alianza, que por muchos es derramada. De cierto os digo que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el reino de Dios ".

Del “Escritos inéditos del P. Antonio Cavanis para los Ejercicios Espirituales”, en AICV, b. 14, GO, pág. 320

Sólo el sacerdote puede ofrecer el sacrificio supremo del cuerpo y la sangre del mismo Hijo de Dios. La Eucaristía es un sacrificio perfecto y supremo, del cual los sacrificios antiguos eran sólo una sombra y una figura. Aquellos no tenían poder por sí mismos, pero el nuestro tiene la fuerza para obtener la remisión de los castigos temporales de los pecados y, al menos médicamente, el aumento de la gracia y una ayuda más abundante a aquellos por quienes se ofrece.

La Eucaristía es la acción más santa y querida de Dios que se puede hacer: y por la víctima ofrecida que es el mismo Cristo, y por el primer oferente que es el mismo Jesucristo que se ofrece a sí mismo por la mano de los sacerdotes. (...) Todos los honores que los ángeles nunca han dado a Dios con sus reverencias y los hombres con sus virtudes, penitencias y mártires y demás obras santas, no podrían ser de tanta gloria de Dios como una sola misa, ya que todos

los honores de las criaturas son finitos, pero el honor que se le da a Dios en el sacrificio del altar; porque es otorgado por una persona divina, es un honor infinito. (...) La Eucaristía trae a los hombres el mismo bien que trajo el sacrificio de la Cruz, dice Santo Tomás: In qualibet missa invenitur omnis fructus quem Christus operatus est in Cruce. (...) En suma, la Eucaristía es la mejor, la más bella de la Iglesia. San Buenaventura lo llama el compendio de todo amor divino. Por tanto, con razón, el Concilio de Trento exige en la celebración de este sacrificio divino la mayor devoción y pureza de conciencia posibles.

Del Estatuto de la Fraternidad Laicos Cavanis:

Art. 3. SANTIFICACIÓN PERSONAL

1. Los miembros de la Fraternidad Laical Cavanis, llamados a una nueva vida en Cristo a través del Bautismo, se comprometen a “alimentar la vida oculta con Cristo en Dios” (Col. 3, 3) para crecer, mediante el ejercicio del discipulado “Al estado del hombre perfecto, en la medida en que corresponda a la plena madurez de Cristo” (Efesios 4, 13). En particular:

A. dedicar determinados momentos diarios a la oración, velando especialmente por la recitación de las Laudes y Vísperas de la Mañana;

B. leer con fe los textos sagrados y sobre todo el santo Evangelio según la práctica de la “lectio divina”;

C. cuidar con fervor la práctica sacramental y reservar un espacio especial para la Eucaristía, corazón y centro de la vida cristiana;

D. practicar, al menos semanalmente, la llamada “revisión de vida” para leer las deficiencias a la luz del Espíritu e intervenir para corregirlas;

E. esforzándose por respetar las leyes de Dios, los preceptos de la Iglesia y su Magisterio.

